

los Guadalupe como llamada a ser el orden a que  
nos tocamos de estas, porque saldrán de la tierra  
Covadonga, en un punto de valientes como el que  
compartió con Peláyo, sino legiones incógnitas que se  
levantan a victorias todas más gloriosas.  
No sé hasta qué punto puede darse crédito a la tra-  
dición que nos presenta a D. Rodrigo, no negándose  
en las aguas del río, sino retirándose a Portugal, y  
combatiendo luego a las órdenes de Peláyo, sin aspirar  
a honores, sin recordar grandezas, ocultando hasta su  
nombre. ¿Cada leyenda, tanta abnegación nos en-  
canta, tamaño sacrificio nos cautiva, semejante exple-  
ción nos hace perdonarle sus yerros. Si yo tuviera  
autoridad, sería el modelo que os proponía en las  
actuales tristísimas circunstancias. Pero carezco de  
ella, soy vuestro huésped, y debo limitarme a saludar  
os cordalmente, a daros las gracias por vuestra pa-  
ciencia en escucharme y vuestra benévola acogida, y a  
desearos que no hay corazón que más ardientemente  
que el mío susque por la resurrección de la patria de  
mis abuelos y de la gran raza latina.



## SERMÓN DE EPIFANÍA

PREDICADO EN ROMA EL 7 DE ENERO DE 1900, DURANTE EL SOLEMNE  
OCTAVARIO QUE HACE LA PÍA SOCIEDAD DE LAS MISIONES  
EN LA IGLESIA DE SAN ANDRÉS DEL VALLE.



*Ubi est qui natus est Rex Iudaeorum?*  
¿Dónde está el Rey de los Judíos que  
ha nacido?

MATT. 11, 2.

**D**ÓNDE mejor que en Roma pudiéramos celebrar la Epifanía del Señor? Si la Iglesia entera, según la trillada frase de San Atanasio, no es sino la Humanidad de Jesucristo: *Humanitas Eius est universa Ecclesia*, ¿dónde mejor vendremos á adorarla que en el lugar en que reside su Cabeza visible, y en que, según la conocida sentencia de San Ambrosio, se halla la Iglesia de un modo especial, *ubi Petrus, ibi Ecclesia?* En esta Dominante se repiten periódicamente, en la persona de su Augusto Vicario, los misterios todos de la vida del Salvador. Los más viejos lo hemos visto transfigurado en el Tabor, y habríamos deseado plantar no tres tiendas, sino alcázar inexpugnable, que lo pusiera al abrigo de los embates de la impiedad. Todos lo habéis acompañado en la larga, y al parecer

interminable agonía de inicuo Calvario. Todos sois y habéis sido, no sólo espectadores, sino actores en sus periódicas Epifanías ó manifestaciones, no sólo á los Reyes del Oriente, sino á los pueblos todos de la tierra.

Nunca, empero, como en este Año Santo en que nos ha tocado la dicha de vivir, se ha repetido con más exactitud, en su conjunto y en sus pormenores, el misterio de la Epifanía del Señor, en su Vicario. La estrella de la alta ciencia y misión providencial de León XIII ha brillado en el firmamento para los que buscan en todos los ángulos del mundo la verdadera sabiduría. Ella los ha atraído con poder irresistible y los ha guiado á través de los mares y de los montes, de los desiertos y las populosas ciudades. Aquella luz interior que alumbraba el corazón de los Magos, ha iluminado también vuestras almas, y os ha movido á obsequiar el llamamiento del Vicario de Cristo, haciéndoos comprender la sublimidad de sus miras, la pureza de sus intenciones, los altos fines de sus soberanos decretos. Ella os ha fortificado contra las falacias de los que en todo quieren ver intereses mundanos, ambiciones políticas, sórdida codicia; y siguiendo la estrella de León XIII, habéis caminado sin descanso, hasta llegar al término suspirado de vuestro viaje.

También, como á los Reyes de Oriente, la estrella ha parecido momentáneamente ocultarse, para probar vuestra fe y vuestra constancia, al penetrar en los muros de la Santa Ciudad. En vano habéis buscado el

astro de León XIII, el *lumen in celo* proverbial, sobre el portal del alcázar en que habitara su inmortal Predecesor en los principios de su azaroso pontificado. Habéis venido á buscar á un Rey, y encontráis á dos, y os veis forzados á preguntar dónde está aquél á quien venís á ofrecer vuestros dones, aquél cuya luz resplandece, no en una ciudad sola, ni en un reino ó una nación, sino en el Oriente y el Occidente, en el Septentrión y el Mediodía: *ubi est qui natus est Rex Judæorum? Vidi-mus enim stellam ejus in Oriente et venimus adorare eum.*

Aquí no ha sido preciso, como en Jerusalén, congregar á los Escribas, y á los Doctores, y á los Príncipes de los Sacerdotes para disipar vuestras dudas. Todos os han señalado con el dedo el sublime pórtico del Vaticano, cuyo techo alberga la augusta pobreza del Pontífice Máximo de trescientos millones de católicos. Allí de nuevo habéis mirado la bien conocida estrella, fija, inmóvil, indicándoos el lugar donde mora el Soberano cuyas plantas habéis venido á besar. Lo habéis hallado ¡y cómo! circundado de gloria inmortal, que forma contraste inconcebible con las sombras que obscurecen el exterior de su santa morada; ni más ni menos que como el brillo que en el establo de Belén deslumbró á los Magos, los dejó estupefactos, después de la indiferencia con que los había acogido Jerusalén.

Muchas Epifanías he visto en Roma. Hace treinta y seis años, aquí en este mismo púlpito inauguraba mi predicación; y hace veinte, cambiados tristemente los

tiempos, exhortaba de nuevo á los católicos de lengua española que aquí me circundaban, á ofrecer sus dones al recién nacido Salvador, representado por su Vicario, ya prisionero. Pero os confieso que ninguna Epifanía ha tenido el brillo que la presente, y que podemos considerarnos dichosos con haber asistido á esta imponente manifestación de las glorias del Pontificado.

Aún resuenan en nuestros oídos los martillazos con que el Padre Santo, hace apenas catorce días, derribaba la puerta tapiada hace setenta y cinco años por su predecesor León XII, y por cuyo dintel á nadie, en este largo espacio de tiempo, había sido dado penetrar. Nosotros sí lo atravesamos en pos del anciano Pontífice. Nosotros, al recibir en la augusta Basílica Vaticana la Bendición Apostólica, inauguramos el Año de remisión y perdón, que constituirá la larga Epifanía en que reyes y pueblos vendrán á postrarse á las plantas de León XIII, y á recibir las gracias que á manos llenas van á distribuirse. Justo es que esta *Epifanía* forme el tema de mi discurso: y me propongo hablaros ante todo del Jubileo, como manifestación del Señor á todos los pueblos de la tierra, en la persona de su Vicario; y en seguida de los deberes que incumben á cuantos á guisa de los Reyes Magos habéis venido á la Ciudad Santa, preguntando: ¿dónde está el Soberano glorioso cuya majestad parece renacer á nueva vida, *ubi est qui natus est Rex Judæorum?*

La Virgen Madre, sostén del niño Jesús en el establo de Belén, sostén de su anciano Representante bajo las

bóvedas del Vaticano, me ayudará de cierto en mi piadosa tarea, si la saludáis conmigo, repitiendo las palabras del Angel:

Ave María.

## I

Al escuchar la palabra *Jubileo*, estoy seguro que vuestro pensamiento vuela con el mío á la antigua Jerusalén. Paréceme oír las trompetas argentinas de los levitas, proclamando la libertad de los esclavos, la remisión de las deudas, la devolución de las hipotecas. Paréceme escuchar al sagrado pregonero, repitiendo las palabras que por medio de Moisés dirigió el Señor á los Hijos de Israel: «Santificarás el año quincuagésimo, porque es año de Jubileo. No sembraréis ni cosecharéis. El año del Jubileo todos volverán á la posesión de lo suyo. . . . . Guardaos de affligir á vuestros hermanos, y tema cada cual á su Dios, porque yo soy el Dios vuestro. No preguntéis, ¿qué comeremos el año jubilar, puesto que no hemos de sembrar? porque el año anterior yo bendeciré vuestras tierras, y os daré cosechas para tres años. . . . No prestarás tu dinero á tu hermano con excesiva usura, porque yo soy vuestro Dios que os saqué de la tierra de Egipto (DEUT. XXV).»

Imaginaos la alegría de los Hijos de Israel al escuchar la proclamación de tantas gracias. Qué año ver-

daderamente santo debía ser aquél en que tamaños favores temporales se concedían al pueblo escogido, al mismo tiempo que se le recordaban los inmensos beneficios de que lo había colmado el Señor. Qué sábado tan prolongado sería ese año de descanso, sin los trabajos de la siembra y de la siega, y consagrado todo á obras de piedad y de penitencia. Qué sacrificio tan solemne el que ofrecía en aquel *sábado de sábados*, el Sumo Sacerdote penetrando con más aparato que nunca en el *Sancta Sanctorum*.

Todo esto, como bien sabéis, no era sino tipo y figura del Jubileo cristiano. ¿Quedó limitado, como muchos afirman, al pueblo Judío, sin que el mandato de Dios pasara á otros pueblos, aun envuelto en sombras de supersticiones y de errores? ¿Quedó también su memoria perdida en la Iglesia de Cristo hasta el reinado de Bonifacio VIII, como no pocos aseguran? No es este el momento de entrar en disquisiciones históricas; pero os confesaré que me place creer lo contrario. ¿No oímos, en verdad, algunas voces discordantes que nos echan en cara que nuestro Jubileo no es más que una continuación ó remedo de los *ludi sæculares* de los Romanos? Lo que ellos afirman en tono de reproche, me gustaría conceder como timbre de gloria. ¿Qué inconveniente hay en admitir que aquellos solemnes homenajes cada ciento diez años á las deidades tutelares de Roma, hayan sido un eco, aunque lejano y poco fiel, de la voz del Señor, cuando ordenaba á Moisés que instituyera el Jubileo? ¿No confundiría el pueblo algún tanto la

tradición judaica con la costumbre romana, en los primeros tiempos del cristianismo?

Con estas hipótesis se explican muchos hechos, al parecer indescifrables. Se me figura que, por una parte, los fieles, conservando ambas tradiciones, procurarían que coincidieran las indulgencias extraordinarias concedidas por los Romanos Pontífices con la época de los *juegos seculares* paganos; y que, por otra parte, la Iglesia, temerosa de una confusión perjudicial, evitaría semejante coincidencia, mientras los instintos gentílicos no se hallasen por completo desarraigados. Sólo así se comprende lo acaecido bajo el Sumo Pontífice Bonifacio VIII.

Mejor que yo lo sabéis. Al empezar el año de 1300, multitud de peregrinos, no llamados ni invitados, empiezan á llenar las calles y las plazas de esta Alma Ciudad, y unidos á muchos Romanos invaden piadosamente la Basílica de San Pedro, y quieren hacer al Sumo Pontífice dulce violencia, para que, á ejemplo de sus Predecesores, conceda la indulgencia secular, que según afirman, se acostumbraba el último año de cada centuria. Se encuentra entre las turbas un testigo ocular. Es un anciano de Saboya de 107 años de edad, que en 1200 había venido con su padre, quien le había recomendado volviera al expirar el siglo á ganar de nuevo la solemne indulgencia. Parecería increíble si un autor contemporáneo, libre de toda sospecha, no lo dijera. El dicho de aquel extranjero sirve de autoridad, porque ni el Colegio de Cardenales, ni la Curia, ni los

eruditos, saben una palabra acerca de un acontecimiento de tamaña magnitud, ni se encuentra la menor huella en los archivos.

Como quiera que sea, Bonifacio VIII fijó las leyes del Jubileo, y señaló para ganarlo una época que, si no era precisamente la de ciento diez años, como los *ludi sæculares*, tampoco era la del Jubileo Israelítico, y coincidía con el siglo Romano. ¡Hermosa debe haber sido aquella Epifanía! Tan hermosa fué que quedó grabada en todos los corazones, y pareciendo á los Pontífices, y al clero, y al pueblo, que aguardar cien años era demasiado esperar, Clemente VI modificó la constitución de su Predecesor adoptando el período Mosaico, y promulgando el segundo Jubileo para el año de 1350.

Irregulares fueron las épocas de los Jubileos que siguieron. Llegó entretanto el año de 1500, y Alejandro VI añadió al Jubileo un brillo y un esplendor nunca visto, y de que nosotros acabamos de presenciar un trasunto, y estableció las solemnidades que hasta hoy día lo acompañan, fijando, además, las épocas en que debía verificarse en adelante, es decir, cada veinticinco años, si bien el de fin de cada siglo había de distinguirse de todos por el mayor brillo y aparato.

A esta Epifanía del Señor en la persona de su Vicario Alejandro os convido muy especialmente. Desde el Jueves Santo del año de 1449, el eco sonoro de trompetas argentinas, semejantes á las de los antiguos Levitas, anuncia á los Romanos que muy presto empezará el Jubileo. Innumerables obreros trabajan á toda prisa